St. Stella Sanchez

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 2 DE ENERO DE 1922 | Nº 19

Estética y Civismo

(Hablando con Mr. Wells).

POR RICARDO BAEZA

MR. WELLS interrumpe nuestro paseo por estos campos que circundan su soledad rural de Easton Glebe y nos invita a tomar asiento a la sombra de un copudo castaño. Sus ojos, de un chispeante azul gríseo, se reposan en estas praderas, que una tenaz sequía amarillece, y al cabo se levantan hacia nosotros.

Mr. Wells está preocupado por las polémicas que se han levantado en torno de su último libro «El Salvamento de la Civilización». Súbitamente, le aqueja un amargo pesimismo sobre la inteligencia de sus contemporáneos. En particular los capítulos titulados «La Biblia de la Civilización» han suscitado una tempestuosa controversia. Muchos críticos ingleses no han podido presenciar sosegadamente la exclusión de Shakespeare de esta Biblia ideal, y la inclusión, en cambio, de algunos versos de Henley, y se ha proclamado la herejía literaria de Mr. Wells.

Pero Mr. Wells no se resigna con su sambenito. Ya ha contestado públicamente a algunos de sus censores, y no desaprovecha la ocasión de justificarse también privadamente. Varía sólo el modo. Las contestaciones de Mr. Wells en la Prensa son justamente famosas por su acidez y su acometividad, en tanto que, en privado, jamás se altera un punto el buen humor y la mansedumbre de Mr. Wells, sobre cuyos labios travesea constantemente una sonrisa especiada de malicia.

—Uno de mis críticos—comienza Mr. Wells—se pregunta: «¿Qué puede cimentar la sociedad humana sino un común amor de la belleza?», y me acusa de poner las cosas bellas, como tales cosas bellas, fuera de los materiales de cimentación necesarios para el salvamento social. Pero la base de una comunidad es una idea social común, una común concepción del deber y la justicia; y un común amor de la belleza no ofrece motivos ni métodos para una cooperación social... Además, ¿es que puede existir un común amor de la belleza? ¿Es que la belleza de los demás es mi belleza?... Hablan de Shakespeare y de Sófocles como del «condensado esplendor del espíritu humano, luminarias eternas del alma», para citar la frase misma de uno de los críticos en cuestión. Perfectamente, no he de discutir el contenido de estas frases, aunque para mí trasciendan demasiado a idolatría. Es indudable que no haber leído a Shakespeare es haber perdido ricas y profundas experiencias, como lo es no haber escalado los Alpes, o visitado Roma, Paestum, Atenas, o contemplado algunas preparaciones microscópicas, o llevado a cabo algunos experimentos físicos y químicos, cosas todas memorables. Pero pretender que el hombre no puede ser un buen ciudadado sin haber pasado por ellas, me parece, sin paliativos, una formidable simpleza. Las necesidades primarias de una sociedad son justicia y cooperación; tanto valdría edificar un Estado sobre la Estética como sobre la hermosura del sol poniente...



HERIBERTO G. WELLS

Y Mr. Wells tiende la mano hacia el horizonte, incendiado de una suave tinte rosmarina.

—Hay también, prosigue — quien dice que ignoro las leyes de la reconstrucción ecomómica, y que ésta debe anteceder al proceso de educación. Pero, en realidad, la reconstrucción económica y la educación están entrelazadas, y viven en una inseparable reacción. La ciencia económica es simplemente el estudio de las ideas de trabajo y propiedad en acción. Y las ideas son las que hacen los hechos económicos, y no éstos los que producen las ideas: equivocación fundamental de Karl Marx...

Y, un momento. Mr. Wells parece colgarse de las barbas obsesionantes del Mesías comunista.

—Otros me echan en cara que no adopte posiciones en esta condenada cuestión irlandesa. Pero es que, a mi juicio, ninguna de las dos partes tiene razón. Mejor dicho, ambas están irremediablemente equivocadas. En total, creo que el Nacionalismo es todavía peor que el Imperialismo. Como socialista, niego el derecho a hincar los pies en tierra y gritar: «¡Esto es mío! «¡Fuera de aquí!» Y no acabo de comprender la mentalidad que se entusiasma por el nacionalismo irlandés, o egipcio, o indostánico, y se enfurece contra el nacionalismo francés o italiano: unos y otros el mismo lamentable tejido, con diferentes colores... Todas estas ideas, que inevitablemente conducen al derramamiento de sangre, hay que fundirlas con más amplias concepciones de obligación política y moral. Y si para ello será más útil enseñar a los niños las bellezas de Sófocles o la historia de la humanidad, es extremo que abandonaremos a la consideración de esos críticos descontentadizos, ¿no le parece a usted?

Y tornamos silenciosamente hacia Easton Glebe, rumiando, a pesar de la dulzura del crepúsculo, las espinosas cuestiones suscitadas por Mr. Wells. Pero, ¡ay!, que apenas es permitido al periodista espigar de tarde en tarde las ideas, sin que se le consienta siquiera emprender el cribado y la molienda...

Londres, julio.

(*El Sol*. Madrid.)

Violetas estrujadas

(SOBRE PATER Y SU ESTILO)

Por JAMES GIBBONS HUNEKER

¡Dios mío! olvidé las violetas»—exclamó Walter Savage Landor después de lanzar al cocinero por la ventana. Eso pasó en Fiesole, cerca de Florencia, hace ya un siglo. El gran prosista tenía un temperamento más que excitable, según el testimonio de Charles Dickens (el novelista lo hizo figurar en «Bleak House» como Boythorn—«con genio y algo más»—como dice Havelock Ellis). Landor amaba mucho sus flores, y su cólera dió origen a la célebre frase. Hoy día pondríamos alegremente al cocinero en el trono, a tal grado de vileza ha llegado la cocina en el mundo. Pero Landor era un aristo, aparentando ser demócrata fiero y su gesto típico tuvo un interés caballeresco; puede decirse que era el privilegio de un señor, de alguien que se consideraba del todo fuera de la moda imperante.

Comprendo su grito desesperante cuando me pongo a pensar en Walter Pater. Un miembro de la deliciosa familia Hermione, inolvidablemente recordado como don Marquis, me preguntó una vez si en la prosa de Pater no observaba yo las violetas estrujadas. Tratándose de mi vida no puedo echar un puente sobre este abismo de lo heterogéneo. Algo de Whistler, se diría una indigestión de fresas y crema; ¡pero Pater y violetas desechas! Walter Pater no fué un «preciosista» insípido como sus imitadores. Lo cierto es que los que podrían ser sus discípulos han obscurecido la comprensión popular. No dejó escuela. Era el producto de muchas corrientes complicadas de pensamiento y de emoción, un hombre que satisfizo su sensibilidad hasta un grado tenue y que nunca tuvo como estimulante un elemento creador, ni siquiera una gran idea que dejara progenie. Su originalidad fué el resultado de aumentos y rechazos, el tacto de omisión, para emplear su propia frase. Siendo todo «nuance» también posee como estilista un encanto palpable no compuesto de dulzura y de luz, como es el estilo del cardenal Newman, triunfante a pesar de todo. Mr. Greenslet lo ha bautizado con acierto «estilo africano», en contraposición a la profusión «asiática» de De Quincey. «Africano» o «alejandrino», es un estilo que raras veces resulta vigorosamente afirmativo. Ello explica en preciso relieve su música lidia y su escepticismo feliz. Pater es pintor en prosa, y, como Flaubert, sus imágenes y sus ideas siempre se funden. Quizá para él el cambio en la música de un pueblo significaba el de sus instituciones. Todavía una errónea creencia popular acerca de los métodos de Flaubert y de Pater considera a estos escritores como trabajando pacientemente sus mosaicos verbales; pacientes fueron, en verdad, para pulir su prosa, pero no plasmaron una frase con matices deliciosos o pintarrajearon de púrpura sus párrafos. El pensamiento estaba acompañado por la propia orquestación verbal. Pasa lo mismo con los procesos creadores de Wagner.

Pater no fué todo música, languidez y éxtasis. Hay que meditar esta frase suya sobre el estilo: «Desde que todo progreso intelectual consiste en su mayor parte en la diferenciación, en la resolución de un objeto obscuro y complejo en sus aspectos componentes, es indudable que el más estúpido de los desatinos consiste en confundir las cosas que la razón rígida ha puesto por separado, derrochar la sentencia de distinciones logradas, la distinción entre la poesía y la prosa, por ejemplo; o, para hablar con más exactitud, entre las leyes de excelencias características del verso y la prosa de composición». Pater escribe a menudo prosa árida y complicada; cuando tenía que tratar una idea abstracta bien podía escribir casi sin color como Herbert Spencer, aunque nunca sin perder el compás de la marcha rítmica». Necesitaba una personalidad para hacer rumorear en él la más cálida música de la simpatía humana. Es más simple al definir el estilo en su ensayo sobre Pascal: «La esencia del buen estilo, cualesquiera que sean sus accidentes, es la expresión». Y la expresión su encanto característico.

En cierta ocasión Matthew Arnold aconsejaba a Frederick Harrison «huir de lo *Carlylesiano* como del diablo», y, a no dudarlo, hubiera dado el mismo consejo con respecto a lo *Pateresiano*. Ciertamente Pater es peligroso para los estudiosos. Este tópico del estilo, tan admirablemente vivificado en la monografía de Sir Walter Raleigh, —lo mejor que se conoce al respecto; porque el ensayo de Robert Louis Stevenson sobre los elementos técnicos del estilo es muy técnico, por muy valioso que sea,—ha sido muy gastado desde Aristóteles hasta Renton y su Lógica del Estilo. Pater producía lentamente,—escribió cinco libros en veinte años, con un promedio de uno o dos ensayos por año,—comparándose así a Flaubert por la atormentada producción. La principal acusación que se hace al método de su trabajo y su estilo consecuente es la falta de espontaneidad; no es un estilo natural. Pero un «estilo natural» así llamado, no se ofrece en plena florescencia más que una media docena de casos en un siglo, quiza exagerando la cifra. El francés no escribe sino prosa intachable. Para hallar un rival de Flaubert, de Renán o de Anatole France, hay que acudir a Ruskin, Newman y Pater. Cuando decimos «escribamos inglés simple, preciso», estamos poniendo al frente un modelo que ha sido imitado sólo por Thackeray, Newman, Arnold, ¿y cuántos pocos más? Son tantas víctimas de la fórmula del «inglés natural» como las de la fórmula del «artificial» de Pater y de Stevenson. El primero de estos escribe desalifiada, blandamente, sin color, sin distinción, un inglés comercial, magro, y pasa desapercibido en el vasto vórtice de la mediocridad universal, donde el «lugar común» es el señor del párrafo. Los otros, víctimas de un desorientado ideal del artificioso «escribir bien», son más fácilmente descubiertos y denunciados por los puristas, los pedantes y otros pedagogos insoportables.

Ahora bien, hablando con justeza, nada hay como un estilo «natural». Newman tuvo días de ajetreo, aunque siempre escribió con la más alta idea y pensando lo menos posible en el estilo. Un maestro, Renán, no gustaba enseñar «estilo» *per se*, como si pudiera trasmitirse el secreto, a pesar de que pulía sus escritos. Esto nos trae a la mente el caso de Flaubert. Tratándose de Pater no se llegaría a la conclusión, porque producía lentamente, de que era todo de una artificialidad compacta. Para él la prosa era una de las Bellas Artes. Usar una frase acuñada por otro era para él como ponerse un sombrero que no era el suyo. Bordaba sobre la tela de sus temas las frases graves y bellas que avivan nuestra

Errata

En la entrega anterior, el verso once, columna primera de la página 245, debe leerse así:

que el Pensamiento *guíe* mi canto;

envidia y nuestra admiración. La Prosa,—«esta cosa vieja y celosísima»—según la describiera Stephan Mallarmé,—era en Pater a la vez un modelo y una cadencia, pintura y música. Jamás sugiriendo «prosa-poética» híbrida, la quietud de su estilo, atmosférico, lánguido, sonante, de dulces tonos en voz baja, está casi siempre en el verdadero ritmo de la prosa. La ligereza está ausente. El tiempo casi no existe. No persigue la brillantez; es la suya una pompa hierática, pudiera decirse casi episcopal. Las cláusulas desenvuelven sus distancias muy coloridas; hay ecos, repercusiones, imágenes tonales, y evocación melódica; raramente se confunden unas cláusulas con otras; en compensación se nos brinda harmonías nuevamente orquestadas tan salientes, tan mordientes, y tan sutilmente raras como las cuerdas en la música de Brahms y Debussy. Es una prosa buena, pero pocas veces sobria. Es algo extremadamente personal, y mientras que no resulta musical para todos los gustos, está exquisitamente adaptada a la idea que viste. Leed a Ruskin en voz alta y haced lo mismo con Pater, y las armonías magnificentes de aquél seducirán el oído por la sonoridad; pero Pater, como Newman, se adueñará del oído por medio de una trampa persuasiva, más delicadamente variada, y con más seductores registros. Nunca de efectos oratorios, dentro de una elocuencia ligeramente disimulada, la última manera de Pater tendía a combinaciones más nuevas. De su prosa puede decirse, empleando sus palabras en lo que se refiere a otro tópico: «Es belleza trabajada desde adentro... un depósito, célula por célula, de pensamientos extraños, de fantásticos delirios y de pasiones exquisitas».

La prosa de Jeremy Taylor es más apasionada, más rica la de Sir Thomas Browne y llena de caprichos relampagueantes; hay más hondas tonalidades de órgano en De Quincey, y Ruskin los supera en efectos rítmicos y sonoros; pero la prosa de Pater es más sinuosa, sutil, más feliz, y en su esencia más acabadamente intensa. Es mórbida algunas veces, y su polifonía opulenta se evapora sino se está de humor para oirlo, y en mayor medida que la de los clásicos, porque el mundo es más antiguo y Pater a menudo sintió el tedio de la vida. Pero las sugestiones de la morbidez pueden encontrarse en cada escritor desde Platón hasta Dante, y desde éste hasta Shakespeare y Goethe. No es sino la débil especie de la mortalidad lo que brinda un perfume estimulante pero fuerte a todas las literaturas. El buen arte está siempre tan amenazado como corrompido. Puede haber un átomo de verdad en tal acusación. El hombre no puede vivir solamente por la sabiduría, sino que él creó el arte para consolar, para excitar, para exultar. Puede el Arte ser una aventura peligrosa y también un narcótico como la Religión. Por desgracia estamos perdiendo el gusto por eso de ir al acaso en medio de las ideas peligrosas. Una vez privados de la determinación propia, del libre albedrío, el hombre cae pronto en una existencia vengativa. Donde quiera que aparece un poeta o un filosofo se le acusa rudamente de entrometerse con la Moral común. Esto es solamente un modo de la mediocridad de ajustar muy marcadas desproporciones mentales. La diferencia engendra el odio. En este período, cuando el Arte y la Literatura son desdeñados y perseguidos con violencia, no hay que asustarse por la palabra «perverso». En cuanto a mí, como viejo experto en venenos literarios y artísticos, jamás he encontrado un libro o un cuadro o una sonata cuya inmoralidad sea tal que mate a veinte pasos de distancia. Alegraos, leed a Pater, Baudelaire y la Biblia,—de la cual se derivan,—y no hay que asombrarse ante las baterías disonantes de los compositores neo-escitas.

Hay otro Pater, uno que no se parece al que hace ondular frases de color de seda. Si recuerda la riqueza de Keats por la contextura de la prosa, también sugiere las arideces de Spencer. Hay ensayos suyos tan fríos, como lógicamente adamantinos, y tan tortuosos como las sentencias de la «Filosofía Sintética». Por fortuna su tendencia al razonamiento abstracto fué subyugada por lo humano de su temperamento. No hay muchos «entrepaños purpúreos» en su prosa;—«púrpura» a la manera de De Quincey o de Ruskin—ni es un estilo con las franjas de «la estrella boreal». Nunca escribió en forma íntegra. Por la agreste retórica y las aptitudes mímicas de mucha literatura moderna no sintió la menor simpatía. Su crítica es católica. Consideramos sus ensayos sobre Lamb, Coleridge, Wordsworth, Winckelmann, para no citar las maravillosas obras maestras,—los estudios sobre Da Vinci, Giorgione, Botticelli, Joachim du Bellay.—Aun los ensayos menores que recientemente han sido coleccionados, ligeros en cuanto al tema y la ejecución, revelan siempre al maestro.

Un poco enclaustrado en su actitud hacia el mundo normal de trabajo, a menudo el artista por amor al arte no puede perturbar las corrientes principales de la literatura; pero siempre será un escritor para los escritores, un crítico para los críticos. Los libros pequeños pueden realizar su destino. Pater fué un pensador cuya visión horada la corteza de lo aparente, el compositor de una prosa polifónica que repercute en un harmonioso adagio percibido dentro de los muros de una catedral gótica, a través de ventanas multicolores por las cuales penetra una extraña luz diurna. Sostenía con predilección que todas las Artes aspiran a realizar las condiciones de la Música. Esta idea es el teclado de Walter Pater, místico y músico, quien, como su Mario el Epicúreo, llevaba toda su vida dentro del pecho, y, a través de un sitio lleno de muchedumbre, su propia alma»...

Después de leer estas piezas exhumadas sobre Moore, Wilde, y otros, volvemos hacia el «Coningsby» de Disraeli y la exclamación de la Princesa: «Yo quisiera que la vida fuese un poco menos dantesca». Pater puede ser lo que se desee, pero nunca dantesco. Y hay que recordar el incidente en «Alton Locke», cuando el viejo Sandy Mackage lleva a Alton a un callejón de Londres y le ruega que haga poesía fuera de él: «Cuenta cómo viste la boca del infierno y los dos pilares de la entrada, la tienda del prestamista a un lado y el palacio del juego al otro,—dos demonios monstruosos devorando hombres, mujeres y niños, cuerpo y alma. Mira las fauces de los monstruos, cómo se abren para tragar sus víctimas una tras otra. Escribe sobre eso!» Ni aun la sugestión hecha por Sandy de que la tragedia clásica fué comprendida en el episodio,—el hombre conquistado por la cruel circunstancia,—habría tentado a Pater a estudiar un caso tan concreto. Escribió bellamente sobre cosas bellas. Pero sobre violetas estrujadas, —jamás!

New York, 1919.

(Traducción y envío de Rafael Heliodoro Valle, Washington, 1920).

El desarme y Tolstoy

POR JOSÉ SILVANO

EN estos momentos cuando las potencias imperialistas hacen un esfuerzo supremo para conciliar sus armamentos con la subsistencia, es muy oportuno recordar la opinión del formidable genio ruso, cuyo humanitario misticismo desparrama sobre toda la vida moderna una claridad de vida nueva, una esperanza de salvación universal.

Para Tolstoy, existe una contradicción trágica entre el sentimiento de paz universal de que se sienten animados la mayoría de los hombres de todos los pueblos, y la posibilidad en que todos ellos están de amanecer cualquier día matándose con sus vecinos, gracias a la voluntad del hombre o del grupo de hombres que los gobiernan. Esta contradicción trágica es tan terrible, que si los hombres no tuviesen para idiotizarse y no pensar en ella el vino, el tabaco, el opio y el juego, se suicidaría la mayor parte de ellos. Antes de la guerra había sesenta mil suicidios por año en Europa, en efecto.

La actitud de los políticos y pensadores europeos, la encontraba Tolstoy, a fines de siglo, dividida en tres categorías: la de quienes consideraban la paz armada como algo ocasional, susceptible de mejorar por simples medidas internacionales y diplomáticas; la de los que la consideraban como algo tremendo y atroz, pero inevitable, como las enfermedades o la muerte; y la de los que encontraban la guerra necesaria, bienhechora y deseable.

Esta última clase de propagandistas, puede darse por definitivamente terminada con el fracaso de los Berhardi y demás teóricos desenfrenados de la matanza. Quedan las otras dos clases de pensadores y políticos.

En opinión de Tolstoy era una vana ilusión que los gobiernos se propusieran, o se les sugiriese licenciar sus ejércitos y someter sus diferencias al arbitraje; con efecto, todos miramos, después de veinticinco años, hacia la Haya con tristeza y desencanto. Tolstoy con agudeza ejemplar, arguye que los gobiernos tienen un trabajo bastante difícil en reclutar y sostener sus ejércitos; si se toman ese trabajo es sencillamente, porque no pueden hacer otra cosa; al gran filósofo le parece que exigirles a los gobiernos que reduzcan la extensión de su fuerza es como exigirle el suicidio a una persona. Los gobiernos actuales no reposan sino sobre la fuerza.

En cuanto a los congresos y ligas y conferencias, opina Tolstoy que si hay alguna fuerza capaz de hacer que las potencias reduzcan sus armamentos, esa fuerza no podría ser, sino la opinión pública o el mutuo acuerdo de las potencias: ahora bien, si esas fuerzas pueden lograr eso, también podrían lograr la completa supresión de los armamentos y de las guerras. Pedir a los gobiernos la reducción o supresión de los armamentos equivale a pedir a los comerciantes no vender nada a precio superior al costo; que se ocupen sin beneficio en la distribución de las riquezas, y luego suprimir el dinero, que ya sería inútil. La invitación a los gobiernos a no emplear la fuerza y resolver con justicia sus diferencias, es un consejo de suicidio. El error proviene de que los jurisconsultos, políticos y pensadores, parten del principio de que el gobierno es una cosa distinta de lo que es en realidad: una reunión de hombres que explotan a los demás. La justicia nunca ha sido, ni puede ser, obligatoria para aquellos que disponen de hombres armados dispuestos a la violencia, y que dominan a los demás.

Para el enorme apóstol moscovita, la resolución de tan complicada e inextricable cuestión depende simplemente de la actitud personal que asuma cada hombre ante la cuestión moral y religiosa siguiente: la legitimidad o ilegitimidad del servicio obligatorio. Si la mayoría de los hombres resuelve negativamente en su conciencia esta cuestión; si llegan a convencerse de que ninguna imposición moral ni religiosa los obliga a matar a quienes ni siquiera conocen, por la simple voluntad de un individuo o de un grupo de individuos amorales y explotadores, la cuestión se habrá resuelto por sí sola.

Ante los repetidos fracasos sufridos por los pacifistas desde los tiempos en que era el Zar mismo quien proponía la limitación de armamentos, vale la pena meditar en las palabras del más alto espíritu de la edad moderna, sobre todo si fracasa tambien la Conferencia de Washington.

(Heraldo de México. México, D. F.)



Sobre un ensayo del Sr. Brenes Mesén

POR OMAR DENGO

LOS estudiantes costarricenses de filosofía y psicología podemos enorgullecernos de que la última publicación de Brenes Mesén sea obra de un coterráneo. Aludo a *El Misticismo como instrumento de investigación de la verdad* (1). Yo esperaba desde hace algún tiempo la aparición de tal ensayo, como espero, con ansiedad, el que ha venido preparando acerca de Heráclito. El autor tuvo para mí, en 1916, la condescendencia de comunicarme las ideas matrices del ensayo publicado y de mostrarme las líneas generales del plan a que proyectaba sujetarlo.

Lo que primero me ha impresionado de la lectura, ha sido la habilidad, realmente admirable, con que Brenes Mesén ha podido sintetizar un tan vasto conjunto de ideas, como el implicado en el curso de pensamiento seguido para remontarse a la conclusión final del ensayo. Si no recuerdo mal, hay modificaciones sustanciales en el plan del trabajo, las cuales si benefician la síntesis, en cambio quizá perjudican la difusión de las ideas. La poderosa síntesis velará para la mayoría el fecundo contenido de las proposiciones, las cuales son fruto primoroso de honda y serena creación filosófica. Además, ella es principalmente flor de «experiencia mística» y no bastará para admirarla el «modo reflejo de pensar místico».

***

PERO mi mayor complacencia viene, más que de la arrogante fuerza del ensayo, del triunfo de su autor. Porque esta obra de Brenes Mesén está rodeada en el mundo del actual pensamiento filosófico, de profundas y gloriosas afinidades con la labor de ciertos hombres a quienes alguna vez se ha llamado o cabe llamar «los profetas de la nueva era del espíritu».

(1) Editado por el Sr. García Monge en la sección BIBLIOTECA del REPERTORIO AMERICANO. Precio: 50 céntimos.

Lo digo de muchos pensadores y filosofos originales que hacen su meditación y declaran su verdad, aquí y allá, en muy distintos lugares de la tierra, y que son desconocidos de las mayorías, al par que de los cenáculos academizantes, y víctimas de la excomunión del cientifismo, así como rebeldes a éste, y al dogma religioso, y al dogma filosófico, llámese positivismo o teosofía. Ellos esperan su hora. Me refiero a los Bragdon, a los Hinton, Carpenter, Basilking, Ouspensky y cien más. Y de preferencia al matemático Ouspensky, por la razón de que su libro más importante, publicado en ruso en 1918, y en inglés en 1920, desarrolla a plenitud, al menos en ciertos aspectos, la misma tesis del ensayo de Brenes Mesén. Precisamente el objeto del libro de Ouspensky, es dar la clave de la experiencia mística; con lo que entiende crear el *Tertium Organum* del pensamiento, para cerrar el triángulo, digamos así, en que ocupan un vértice Aristóteles y otro Bacon.

Para concretarnos a las relaciones entre los postulados de Brenes Mesén y los de Ouspensky, citaremos de éste lo que al respecto parece esencial.

1.—Misticismo es conocimiento por medio de la conciencia expandida.

2.—Los estados místicos dan conocimiento que nada fuera de ellos puede dar.

3.—Los estados místicos dan conocimiento del mundo nuomenal con todos sus signos y características.

3.—Los estados místicos de hombres de diferentes edades y pueblos exhiben una sorprendente similaridad, que alcanza a ser, a veces, identidad completa.

5.—Los resultados de la experiencia mística son completamente ilógicos desde nuestro punto de vista ordinario: son superlógicos.

***

«LA Lógica,—declara Brenes Mesén, —deberá incluir la experiencia mística entre los diversos métodos de investigación científica, enriqueciéndose y vitalizándose, etc...» Ouspensky funda la Superlógica o Lógica Trascendental, sobre el análisis psicológico de la experiencia mística y en ella sintetiza la existencia del *Tertium Organum*, el cual aspira a contener todas las posibilidades de la evolución de la conciencia en cuanto se reflejan o proyectan sobre la organización del pensamiento. Allí la lógica de la intuición, —aunque no a lo Lapier,—como la lógica del éxtasis, como la que armoniza las revelaciones del Sinaí con los ordinarios poderes del hombre.

Plotino, como Jacobo Boheme, en el concepto de Ouspensky, intentaron construir el sistema de superlógica de que se siente ahora imperiosa necesidad en presencia de la renovación de la psicología y del fracaso del agnosticismo positivista.

Tal sistema, según él, se contiene en el *Tat twam asi* vedantino, que se corresponde con la fórmula básica de la Lógica Trascendental, a saber: A es, a la vez, A y no A.

***

LA nueva crítica de la razón que Brenes Mesén reclama, en parte la encuentra Ouspensky en la interpretación de Kant por Hinton, para el cual los continuadores de Kant son los matemáticos Gauss y Lobachevsky. (La necesaria variabilidad, de acuerdo con las múltiples condiciones de la actividad psíquica, de la *intuición del espacio*, sugiere la infinitud de las dimensiones del mismo. *Además, con Myers, como con William James y señaladamente con Freud*, los estados místicos, aunque no de manera definitiva, adquieren la posibilidad de salir de lo patológico, para entrar en lo normal. Este carácter se acentúa en la obra de Carpenter, y asume contornos definidos con el Dr. Bucke y su escuela, para la cual la *conciencia* va de lo *simple* a lo *cósmico)*.

***

¿CUÁLES habrían sido, me he preguntado muchas veces, las consecuencias filosóficas de que Leibnitz hubiera podido desenvolver su concepción matemática de la Lógica?

***

LA trascendencia del ensayo de Brenes Mesén merece un estudio en que pudiera poner fervor alguno de nuestros jóvenes estudiosos. Esta nota sólo intenta señalar el triunfo. Porque acaso pudieran pensar quienes, sin estimarlo ni envidiarlo, reconozcan su superioridad, que este notable costarricense debería estar al servicio de la cultura en su tierra. Tiene más derecho al respeto y reconocimiento de ella que tantos y tantos que, inculpados como él, ostentan y usufructúan las flaquezas que a él se le imputan, sin tener ninguno de los requisitos de grandeza con que él triunfa, a la distancia, de tanta farsa ignominiosa.

Heredia, diciembre de 1921.

(Envío del Autor).

Acerca de los lectores de diarios

POR E. MÉNDEZ CALZADA

EL doctor Karl Lemcke, de Sttugart, en su magistral *Estética expuesta en lecciones al alcance de todo el mundo*, capítulo nono, habla con el mayor desdén de la «cortedad de luces» del hombre contemporáneo, «que se satisface con la adquisición de dinero y la prensa diaria». Como se ve, la pobre prensa diaria no merece la simpatía de todos los profesores de Estética; entra,—por lo menos, según dictamen del doctor Lemcke—, en el vergonzoso capítulo de las cosas antiestéticas. Habría, pues, que declarar la guerra a los periódicos en nombre de la Estética.

Yo, sin embargo, que soy individuo de gustos estéticos sencillos, no participo de esa opinión. La encuentro severa en exceso. Por el contrario: cuando en el tren, en el tranvía, en el club, veo uno de esos señores que se sumergen en la lectura de un diario y permanecen una, dos o tres horas leyendo cosas sumamente parecidas a las que leyeron la víspera y a las que leerán al día siguiente, no puedo reprimir un movimiento cordial de franca simpatía. Siento también por ese hombre una cierta lástima, como por todo candidato a la decepción. Ese buen señor ha tomado el diario muy satisfecho de encontrarlo tan abultado, tan pesado, con tantas hojas; ha dicho para sus adentros: «Vamos a ver qué novedades hay»; para terminar arrojándolo con desdén y distendiendo los labios para ese enorme bostezo en que termina la lectura de los diarios; para

concluir en fin, exclamando «¡Bah! ¡Nada de nuevo! Lo mismo de todos los días». En efecto: no ha encontrado el formidable incendio ni el espantoso asesinato que le hubiera complacido encontrar.

Por lo demás, no todos los hombres eminentes han sido detractores del periódico. El día 1º de mayo de 1881, Enrique Federico Amiel consigna en su diario estas palabras: «Con *Le Journal*, acabo de lanzar un vistazo por los asuntos del mundo. Esta es la torre de Babel. Pero es bastante agradable dar en una hora la vuelta al planeta y pasar revista al género humano».

¿Qué querría el doctor Lemcke? ¿Qué querrían los que como él opinan? ¿Que todos leyésemos, antes del desayuno o en la apacible sobremesa familiar, la *Ilíada* o el *Symposio*? No, no. Si todos leyésemos esas divinas obras humanas, el mundo sería francamente inhabitable. Basta con que las lean nuestros profesores de Literatura, que para eso cobran, y que aun, en muchos casos, dan prueba de sensatez absteniéndose de leer esas cosas.

No oigamos la voz pérfida de Arouet. «Los periódicos son los archivos de las tonterías», nos dice este humorista que desconoció el placer inefable de leer las noticias sociales, los avisos de lluvia, la página de las carreras o los edictos de trance y remate. Rechacemos, igualmente, aquello de que el arte del periodista consiste en servir las ideas a los lectores del mismo color que las quieren, afirmado por Girardin. (Me sería penoso calumniar a Girardin; pero creo haber leído esto, en una hoja del almanaque, suscrito por Girardin). Admiremos el diario; profesemos el culto al diario; otorguemos nuestra más íntima simpatía al lector de diarios, hombre modesto que ha renunciado a la tarea de elaborar ideas; hombre que se hace traer a casa las ideas todas las mañanas o todas las tardes por intermedio del repartidor de diarios, así como se hace traer la verdura, la leña o la carne; y que por la modicísima suma de diez centavos, tiene ideas para veinticuatro horas.

(*Nosotros*. Buenos Aires)

CABOS SUELTOS

La Aurora Boreal

HACIA las regiones del Norte, con especial misión de estudiar el siempre interesantísimo fenómeno de la Aurora Boreal, va el Profesor MacMillan con un grupo de colaboradores. El astrónomo Arrhenio había sugerido ser ese fenómeno producido por las partículas solares cargadas de electricidad cautivadas por la atracción magnética de la tierra. Al alcanzar las capas inferiores de la atmósfera prodúcese una lenta descarga de una porción de su electricidad en la bellísima forma de rayos de colores, cuyo conjunto asume ese aspecto de colgaduras suntuosas que son pasmo de los ojos de los hombres.

Estas maravillas se producen en las regiones de los polos magnéticos del globo terrestre. Pero traen el desconcierto a los telégrafos y teléfonos. Oyense a grandes distancias, a través de los alambres, sonidos, silbidos, desgarramientos como si se estuviese en la vecindad de la Aurora, de cuyo seno parecen surgir tales ruidos.

¿A qué distancia de la superficie de la tierra se halla la Aurora? No se ha sabido jamás. Y esa medida es parte de la misión del Profesor MacMillan.

Esta vez también comienza la Ciencia a aproximarse a las viejas enseñanzas que dieron de todas estas cosas las Inteligencias que guían el desenvolvimiento de la evolución humana. Lo importante para los hombres no es propiamente la posesión de la verdad relativa, sino el poder adquirido en su busca. Ese poder le sirve para reconocer lo relativo de las verdades alcanzadas, le permite la concepción de otras más durables y fundamentales verdades. Tal es el secreto de la evolución de la inteligencia humana.

Coronando la cumbre de una montaña, en la pureza de su altura y la serenidad de su silencio, los antiguos Videntes vieron — y describieron en obras imperecederas, a pesar de ser poco leídas—las minúsculas, fúlgidas centellas que llenan el Espacio y cuyo movimiento no es otra cosa que la circulación de la Vida interestelar. Su velocidad no puede ser seguida por el pensamiento, si bien puede afirmarse que se trata de un movimiento circular. Mirada desde lo alto, la atmósfera parece compenetrada de estas fúlgidas partículas, las cuales a veces se precipitan en tal tumulto y con tal intensidad que aparecen las fulguraciones características de la Aurora Boreal.

No, la Tierra no es una barca que lleva un flete de vida y de inteligencia por enmedio de un Océano vacío y sin riberas. Es un Ser que vive en el seno de la Vida misma. La Vitalidad Cósmica le llega por los polos. Y por ellos también se descarga de sus sobrantes. Lo que explica esa doble corriente de ascenso y descenso que se observa en las Auroras Boreal y Austral.

R. Brenes Mesén.

Marte

Y será satisfecha la ilusión de ver a Marte a milla y media de la vista humana. La imagen del planeta se habrá magnificado veinticinco millones de veces mediante un espejo colosal de cincuenta pies de diámetro que hará las veces de una lente. El Profesor Todd, siguiendo las ideas del Profesor Wood, de Johns Hopkins, construye actualmente el plato hondo y de altos bordes que habrá de llenarse de mercurio. Haciendo girar el cual, a gran velocidad, se realzará en los bordes y se deprimará en el centro, generándose de esta suerte el espejo cóncavo que recibirá y reflejará la imagen del planeta. Mas para tal espejo se requerirá un tubo de 1300 pies de altura por 50 de ancho. Construirle parece una imposibilidad. Pues bien, está concluido: es una mina abandonada de Chile situada precisamente en el lugar astronómico más adecuado al objeto. En su fondo se construirá toda la maquinaria destinada a imprimir el movimiento del mercurio. En 1924, los rayos luminosos de Marte caerán directamente sobre este fantástico telescopio, de paredes pulimentadas — porque se las forrará en metal—acrecentando la luminosidad, que permitirá el obtener fotografías instantáneas, ya que las otras se hacen imposibles, dada la fijeza del aparato. Estará entonces el planeta Marte en su mayor vecindad de la Tierra, cosa que ocurre una vez en cada siglo, y a los hombres les será posible ver si los supuestos canales lo son en realidad, si hay ciudades construidas a la manera de las nuestras, si los campos cultivados producen árbo-

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada semanalmente por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	₡ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	4-00 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

les semejantes a los de la Tierra, si las otras manifestaciones de la vida asumen los caracteres de cuanto aquí conocemos con ese nombre.

Pero una duda se me ofrece. ¿Habrán los hombres de la Tierra desarrollado sus potencias de comprensión lo suficiente para trascender las diferentes apariencias, para desentrañar las analogías internas que no solamente son posibles sino que son inevitables, supuestas las leyes internas que rigen el sistema solar en su integridad orgánica?

Y Marconi continúa insistiendo en que sus aparatos sensitivísimos no han cesado de percibir las señales de Marte.

R. Br. M.

Nubes de estío

¿Es esta inconcebible nébula por donde vamos atravesando los que pertenecemos al Sistema Planetario de nuestro Sol un nimbo de tempestad o simplemente una nube de estío? La sequedad en el Norte del Continente Americano, los incendios de las selvas del Canadá, la escasez de lluvias en los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, los grandes deshielos de Suiza y la desecación de algunos de sus lagos donde los hombres habían fundado las primitivas ciudades palustres, cuyas fundaciones han quedado en descubierto, la sequía de Rusia y de otras regiones en el Asia, la intensificación de la energía solar que alteró las prácticas y medidas fotográficas; todo esto no puede explicarse por las manchas solares que no han sido durante este año mayores que en otras ocasiones en que tales fenómenos no han surgido. ¿Cuál es entonces la causa? En el Observatorio de Lick, en California, observó un grupo de astrónomos un cuerpo brillante, de mayores dimensiones que Venus, sin que se pudiese determinar si tal cuerpo se hallaba más acá o más allá del Sol, a causa de las desfavorables condiciones del tiempo. Juzgaron, no obstante, que se trataba de una de esas estrellas denominadas «nova». Y nadie la volvió a ver. Luego, el 12 de agosto se informó desde el Observatorio de Koenigstuhl que la Tierra había atravesado por en medio de la cola de un cometa durante la noche del 8 de ese mismo mes. Estudiando las diversas observaciones se llegó a la conclusión de que lo que se había visto en Lick, y las rayas descritas por los observadores de Heidelberg, eran concentraciones de la materia cósmica constitutiva del cometa.

Y aquí todas las especulaciones acerca de los gases acumulados en las capas superiores de nuestra atmósfera, las consideraciones acerca de las nébulas. Pero nada más interesante que la fotografía de la nébula oscura que no ha mucho se ha obtenido por medio de la gigantesca lente del Monte Wilson. Esa nébula aparece «como la cabeza de un monstruo mítico arrojado de las cavernas del espacio». Su densidad es tal que deja invisibles las estrellas que brillan detrás de su masa. ¿De qué está formada? ¡Quién lo sabe! Baste saber que se calcula en cien mil años el tiempo que nuestro sistema solar requeriría para atravesar la porción menos densa de semejante nébula.

R. Br. M.

En torno de la llama

¿Quién es esta bellísima danzante que ha recorrido los escenarios de los mejores teatros de Sud América, quemando con los fulgores de su llama los alados insectos seducidos por su esplendor? La idea sólo es de una poesía llena de encanto y de realidad.

Aquí está esta mujer con la más sencilla de todas las vestiduras: un velo de pintura sobre la noble magnificencia de su cuerpo ceñido por ligerísimas veladuras de seda de matices rojos, temblorosa como una llama inquieta delante de un telón de tonos rojos también. Aquí está la llama. En torno de ella los alados insectos deslumbrados danzan. Cada vez que uno de ellos atraviesa, por el círculo de fuego de la llama un velo de seda, por ésta quemado cae. Luego otro y otro hasta quedar desalado, desnudo, al pie de la llama. Unos en pos de otros, los insectos quemados por ella se desmayan y mueren en las más artísticas posiciones, porque estos alados insectos son jóvenes danzarinas de belleza inconfundible. Lo que de ellas ha permanecido son los cuerpos desnudos; todo lo demás lo consumió la llama.

Mas ¿quién es esta llama que tal valor tiene, que así tiembla y devora como el fuego? No es otra que la Princesa Alexa de Esterhazy, descendiente de una de las más antiguas casas de Austria. Su belleza había atraído tanto en Viena como sus desafíos a las convenciones sociales que la nobleza trató de imponerle. Nada podía decirse de ella que tuviese alguna gravedad; pero el derroche de su fortuna, sus fantásticos caprichos de toda clase, habían estado a punto de conducirla al encierro. Cuando la guerra sobrevino nadie supo de ella. En un teatro de Sud América la reconoció un compatriota suyo. Ha regresado a Viena. Pero la joven Princesa que fué durante un tiempo, al parecer, la mancha oscura de la familia Esterhazy, a su regreso, cuando su familia todo lo había perdido, es la que con su propia fortuna ganada en los teatros de América, ha restablecido el viejo esplendor de los Príncipes de Esterhazy.

R. Br. M.

(*Envío del Autor*)

Errata

Una se nos fué en el número pasado, y hay que señalarla:

En la poesía *Acción de gracias*, el verso tercero de la estrofa cuarta, columna central de la pág. 245, debe leerse así:

rodeas *toda* noble vida

El silencio es lo peor

POR RAMIRO DE MAEZTU

TAMBIÉN pudiera haber sido lo mejor. Si fuéramos más septentrionales, si fuéramos como los ingleses, que no hablan nunca, sino cuando se embriagan, de lo que les importa, lo mejor habría sido, al sentir el golpe, desencallar el barco, enderezar el rumbo, callarse la boca y adelante. El silencio es buen viento de popa, porque cuanto más se calla un hombre más ganas le entran de que su acción hable por él. Hemos de suponer generosamente que esto es lo que ha decidido hacer el alto mando: callar y corregir los yerros anteriores.

¿Pero es éste problema que sólo le incumbe al alto mando? Su soldado, ¿no es el soldado que le damos nosotros, con el cuerpo que la tierra nuestra haya alimentado y con el espíritu que le hayamos infundido? ¿Y no es también nuestro su oficial? ¿Y sus elementos de combate, su política, y su hacienda? Digámoslo más claro: cuando se desplomó la Comandancia de Melilla, ¿pudo imaginarse nadie que sólo en Melilla se hacían mal las cosas?

El pueblo se va del campo productor a la ciudad parasitaria. La reconcentración de almas en las grandes ciudades es tan grande que no hay donde alojarlas. Son tantos los vecinos que las casas están dejando de ser hogares para convertirse en falansterios. Así se resquebraja la familia, cuyo vigor viene salvando a España de los resultados de su incuria política. Pero abramos los ojos al desenfreno de la especulación, de los sindicalismos, de los déficits del Tesoro.

Nadie puede vivir, y toda España

se está trocando en una timba; quizás por eso mismo. ¿Puede imaginarse nadie que todo esto no ha influido en Melilla?

Esto no se corrige con la enmienda del alto mando. La enmienda tendría que ser universal, y como esta atrición no la sienten más que las almas escogidas, que, aisladas se saben impotentes, lo razonable sería que tratasen de encender en los pechos ajenos el dolor que les quema el propio, que es lo que hicieron los hombres del 98, que hablaron y no obraron, porque carecían de medios para obrar, pero que hablaban en la esperanza de que sus palabras acabarían por trasmutarse en actos, porque la palabra, o mejor dicho, el sentimiento que la anima, es también acción, pero acción diferida y a distancia, como lo prueba el hecho de que todas las grandes realidades históricas, como Italia, Alemania y el Imperio Británico, fueron sentimientos mucho antes de llegar a trocarse en realidades.

Como los ríos van al mar y la vida a la muerte, así las palabras que expresen un ideal digno de serlo acaban por convertirse en actos. Este es el postulado de los idealistas, su fe y su esperanza. La caridad, que es la acción, viene después: la fe es la raíz; la esperanza, la flor; la caridad, el fruto. Hablaron los hombres del 98 porque creían en la virtud de la palabra. ¿Por qué habla Unamuno, sino porque cree que su palabra no se pierde en el viento? Hace unos meses era moda motejar de demasiado críticos y pesimistas a los hombres del 98. Hace unas semanas, en cambio, echaban varios periódicos de menos hombres que fueran la expresión del dolor colectivo. Los hombres del 98 continúan quejándose. ¿Por qué callan los otros? ¿Por qué callan los jóvenes?

Uno de ellos me lo confesaba días atrás: «¿Y para qué el hablar? ¿Para qué sirvió lo que ustedes dijeron? Las cosas están ya fuera de la acción de los hombres. Siga su curso la fatalidad».

Contra este pensamiento escribo estas cuartillas. Todas las ideas son actos, por lo menos, en germen; pero hay algunas de acción instantánea y destructora, y ésta es una de ellas. Pensar que las ideas carecen de importancia no es solamente pensar una idea, sino anular el valor de las ideas y abandonar el hombre a su apetito. Decir que la fatalidad es inevitable es entregarse a su curso. Pensar que el esfuerzo es inútil equivale a renunciar a todo esfuerzo. Esto es lo que hay de perverso y diabólico en la interpretación económica de la historia; que no hay manera de persuadirse de que no hay otro motor que el egoísmo sin que como resultado de esta persuación se entronice el egoísmo en el corazón del hombre.

Costa se mostraba pesimista. No importa. Si hablaba es porque esperaba. Unamuno habla porque espera. El que se calla, en cambio, es porque nada espera. Hablo, naturalmente, de los que ven y sienten y se callan, porque no creen en la virtud de su palabra. Pero ¿en qué creen entonces?

El valor de un pueblo se mide exactamente por el número de sus hombres que se levantan contra la fatalidad. ¿Cuántos hay? ¿Cien mil hombres? ¿Ciento? ¿Diez? Pues esos mismos tiene un pueblo, ni uno más. Los demás no cuentan, mejor dicho, no hacen sino contar, porque de ellos se ocupan las estadísticas, que no tratan sino de la humanidad calculable, que es la entregada a la fatalidad.

¿Significará este silencio que toda España es políticamente fatalista? Porque no vale aducir que el silencio se debe a la previa censura de la Prensa. La censura podrá impedir, deberá impedir, que el celo reporteril revele el punto exacto en que estallan o no estallan las granadas moras; pero jamás ha evitado la difusión de un ideal en un pueblo propicio a sentirlo. El mal de la censura, en nuestro pueblo, es el que le sirve de pretexto para abandonarse a su incuria política.

Ya es grande el silencio que rodea a nuestros hombres públicos. Ellos hablan (tampoco demasiado), y los demás escuchan. Lo bueno fuera que los demás hablasen y que ellos escuchasen e hiciesen. De todos los tormentos que se le quedaron olvidados a Dante, al enumerar los del infierno, no sería el menor el del hombre público que aplicase angustiosamente el oído al clamor nacional, y se encontrase en un país mudo. Es comprensible que don Francisco Silvela se retirase de la vida pública después de haber proferido la terrible sentencia de que España era un pueblo sin pulso. Yo no quisiera gobernar, Sr. La Cierva, en un pueblo donde los demás me dejasen decir todo. Me sentiría como niño perdido en el bosque. Y acabaría por callarme.

(*El Sol*. Madrid).

CONGRESO COOPERATIVO

POR ANTONIO ESCOBAR

New York, 30 de Setiembre.

La Conferencia de Washington tendrá importancia, porque de ella podrá salir, dentro de pocos, años una guerra; o desde luego, un estado de relaciones entre Inglaterra, los Estados Unidos y el Japón, que garantice la paz general por un largo período; pero el Décimo Congreso Internacional Cooperativo ha tenido más importancia, en cierto sentido, como manifestación de un movimiento económico trascendental y benéfico.

Este Congreso, que debía efectuarse en Basilea, Suiza, 1915, no pudo hacerlo, a causa de la guerra; se ha reunido, allí, ahora, en la última semana de Agosto y en él, 25 naciones han estado representadas por 1,200 millones de familias y 125 millones de habitantes. En algunos de esos países, como Dinamarca, Finlandia y Suiza, más de la mitad de la población forma parte de asociaciones cooperativas; en otras, como Alemania, Austria, Hungría e Inglaterra, un tercio; y en las demás, entre ellas los Estados Unidos, la proporción es bastante menor, pero va en ascenso.

Los Congresos anteriores a este de Basilea, fueron los de: Londres, 1895; París, 1896; Delft, 1897; París, 1900; Manchester, el año, 2; Budapest, el 4; Gremona, el 7; y Hamburgo, el 10; y Glasgow el 15. La iniciativa de estos Congresos se debe a la Alianza Internacional Cooperativa, que tiene por misión principal la propaganda y que es una Federación de las organizaciones cooperativas de muchas naciones.

Este movimiento comenzó muy modestamente hace setenta y siete años, en 1844, en Rochdale, ciudad fabril de Inglaterra, donde algunos obreros tejedores se asociaron para comprar más baratos los artículos de primera necesidad. No sospechaban, porque eran hombres sencillos, sin imaginación ni ciencia, que habían hecho al mundo el presente de una grande y fecunda idea. Ha ganado terreno, a pesar de la indiferencia de los políticos, que sólo en algunos países han reconocido su alcance, y contra la hostilidad de socialistas y comunistas, que siempre han combatido todo aquello que puede contribuir al bienestar de los pueblos sin destruir el actual sistema económico-social.

Se ha aplicado la cooperación, primero, al consumo al por menor; luego al por mayor; y ya hay sociedades

nacionales de consumo y de producción como la de Inglaterra, que posee fincas rústicas, fábricas de ropa y de calzado, plantaciones de té, en la isla de Ceylan y barcos. Es la empresa británica que gira por mayor número de millones de libras esterlinas; y su capital ha sido aportado por cientos de millares de accionistas, de la clase obrera, cada uno de los cuales no ha invertido más que unas cuantas libras en alguna de las sociedades cooperativas locales, que, al federarse, han formado la Nacional.

Ahora se va a crear una cooperativa internacional de al por mayor, y de esto se ha tratado en el Congreso de Basilea; será una organización vasta y poderosa para el cambio de primeras materias por artículos elaborados entre las cooperativas nacionales de varios países. Se obtendrán a los precios más bajos posibles esas mercancías, porque se operará en gran escala y se eliminarán las comisiones de los intermediarios, que son los exportadores y los importadores; y en bastantes casos, porque las mercancías serán producidas por las cooperativas.

En Europa existen, desde hace tiempo, Bancos cooperativos; y en esta república, donde son nuevos, están dando buenos resultados. En el Congreso de Basilea se ha propuesto por uno de los delegados franceses, Mr. G. Levy, la creación de un Banco Internacional Cooperativo; proposición que ha sido aprobada y que se llevará pronto a la práctica en una conferencia de representantes de los Bancos Cooperativos Nacionales.

Los éxitos del cooperatismo están abriendo los ojos a muchos obreros que odiaban el capitalismo y deseaban que la revolución los destruyese. Ahora se van convenciendo de que con el dinero de los pobres se puede hacer lo mismo que se hace con el de los ricos; y aun más, porque está probado que todos los pobres juntos tienen más dinero que todos los millonarios juntos. Sin los muchísimos pequeños accionistas que compran valores de las grandes compañías industriales, éstas no podrían existir.

Y a medida que se vaya extendiendo la cooperación, así aplicada al consumo, como a la producción, al transporte y la banca, irá siendo más difícil el acumular grandes fortunas; porque desaparecerán muchos negocios pingües, hoy explotados por individuos y por compañías; negocios que pasarán a manos de las cooperativas, las cuales no tienen por fin la ganancia sino el servicio.

Acaso haya ido un poco lejos un profesor francés, Mr. Gide, al decir en el Congreso, que «la adopción progresiva general del método cooperativo en el mundo económico eliminará gradualmente las causas esenciales de la guerra». No hay derecho para esperar tanto de lo que no es más que un «método»—como ha dicho el sabio francés—limitado a los fenómenos de la producción, la distribución y el consumo, y que por lo tanto, no puede ejercer acción sobre todas las causas esenciales de la guerra, entre las cuales las hay que no son económicas.

Con la utilidad que tiene dentro de sus posibilidades, ya basta para que sea uno de los progresos más notables y benéficos de estos tiempos, porque mejora el actual sistema económico-social, basado en la propiedad y la libertad individuales; y no sólo no debilita estas bases, sino que las refuerza.

(*El Mundo*. Habana).

Nueva York múltiple

POR JOSÉ JUAN TABLADA

CUANDO hace meses el periódico «Editors and Publishers» nos pidió a varios periodistas extranjeros nuestra opinión sobre la publicidad que debería darse a las Conferencias del Desarme, contesté en carta publicada por dicho magazine, que los intereses de la humanidad estarían mejor garantizados mientras más abiertos y públicos fueran esos debates, pues de lo contrario fuerzas adversas a ese supremo fin, lucharían tenebrosamente hasta salir triunfantes.

Me ha complacido ver ahora, en vísperas de ese gran congreso, una opinión semejante en la pluma ilustre de Bernard Shaw.

Con su habitual pesimismo ha dicho el genial humorista, que habrá en dichas conferencias la sombra suficiente para que las aciagas fuerzas conspiren; que aunque la Conferencia improvise una o dos asambleas públicas, accesibles a la prensa, nada real se hará o se dirá en ellas. Y agrega:

«Si el público americano quiere saber lo que está sucediendo en las Conferencias, debe regalar a los diplomáticos reunidos con banquetes a la Gargantúa y, después de darles mucho vino, hacerlos que hablen a los postres... Aunque América esté «seca», hoy no existe otra manera de inducir a los diplomáticos a revelar al público lo que están arreglando entre ellos».

En el primer artículo que ha publicado, Shaw tiene para Inglaterra y Estados Unidos deliciosas ironías. Juzgue el lector:

«Puede suceder que en Estados Unidos, el Secretario de Marina, al mandar construir media docena más de acorazados, se diga: Ahora sí puedo, en queriéndolo, hundir la flota británica o la japonesa».

«Ningún secretario británico se hará reo de tan inocente convencimiento. Como le diría a su mujer: Nuestros vecinos, los Smith, tienen un lacayo más; nuestro rango nos obliga a hacer otro tanto, así dirá simplemente: Si los Estados Unidos, simple república, construyen cinco nuevos buques, nosotros, monarquía de primera, debemos construir seis. Y repudiará, indignado, la idea de que esos buques puedan servir para echar a pique los de cualquier otro

país o que sus cañones puedan emplearse en algo más que en prácticas de tiro».

Añade luego a propósito del almirante Beatty, hoy delegado en Washington:

«El inglés no es un hipócrita. Siempre siente lo que dice, en el momento de decirlo... El almirante Beatty, cuákero sentimental en los banquetes públicos, es tan sincero como Beatty, el héroe de Jutland, echando a pique, incendiando y destruyendo».

Todo induce a pensar que el público sabrá más del verdadero espíritu y de los probables resultados de la Conferencia, por los comentarios o inducciones de los grandes pensadores que espían su desarrollo, que por lo que se haga aparente en los debates mismos.

Hasta ahora hay cuatro escritores de gran fuerza entregados a esa tarea exegética:

Herbert George Wells, el estupendo novelista y sociólogo; Bernard Shaw, desconcertante, aunque en el fondo generoso; Arnold Benett, potente y fecundo (acaba de publicar su libro cuadragésimo noveno), y el gran historiador y sociólogo italiano Gulielmo Ferrero. Accidentalmente, Edison ha opinado también sobre la limitación de armamentos.

Todas las opiniones de estos ingenios nutridos en la ciencia, son interesantísimas. El mismo Edison tiene sobre la cuestión juicios por demás originales.

De lo que diga al gran Wells no hay que hablar a los lectores de *Excelsior* puesto que tienen el valioso privilegio de que él se los diga directamente.

A Wells se le acaba de ofrecer aquí un banquete, en el que el anfitrión, Ralph Pulitzer, reunió a un grupo de hombres prominentes en la banca, el gran industrialismo, la diplomacia, la ciencia, el periodismo. El diario comenta:

«Los invitados creían que estaban estudiando a Wells, pero en realidad Wells era quien los estudiaba a ellos, como el profesor Garner, desde el interior de su jaula de hierro, en el Africa tropical, estudiaba a los gorilas y a otros monos menores».

Esto es irreverente, pues entre los monos grandes o chicos estaban nada menos que Otto Kahn, coloso financiero; Alexis Carrel, sabio del Instituto Rockefeller; los reyes del anuncio, Ochs y Wiley; Schwab, monarca del acero, y aun políticos y embajadores, muy conocidos de ustedes, como McAdoo y J. W. Gerard.

Allí estaba también Max Eastman, el poeta comunista, a quien se le permitió hablar «en imitación de aquel cráneo inquietante que se pasaba de mano en mano en los antiguos banquetes», para recordar a los comensales que no todo era vida y dulzura en este valle de lágrimas...

En ese banquete Wells comunicó a sus vecinos de mesa, el extracto de su pensamiento en estas o parecidas palabras:

«La pobre humanidad está a bordo de un buque que naufraga»...

«Pero la mejor prueba de que la civilización se desarrolla,—agrega un gran escritor americano, nos la suministra el mismo Wells que «sin base de fortuna, ni patrimonio, ni otra cosa más que un fuerte cerebro y su amor a los hombres, *es una de las grandes fuerzas que operan en el mundo*».

•

PARA el gran historiador Guilielmo Ferrero, la presente Conferencia es nada menos que un drama formidable, que bajo la «mise en scene» protocolar, esconde pavorosas posibilidades.

Lo expresa así:

«Entre Asía buscando a tientas un camino hacia una nueva historia, y Europa luchando con las angustias de una exasperante incoherencia, hay un tercer personaje, América.»

«América no está tan íntimamente unida a Asia, ni tan estrechamente ligada a Europa, para no poder, en caso necesario, aislarse y concentrarse en su vasto territorio, si Asia y Europa, determinaran hundirse de cabeza en un océano de guerras y revoluciones».

Y agrega siniestramente, con la autoridad que le confiere su clara visión de los problemas históricos:

«¿Conseguirá América del Norte, salvar los intereses generales de la civilización...?

Y responde categóricamente:

«Sólo lo conseguirá si puede forzar a revelarse al enigma asiático, representado por el Japón y si obtiene que Europa reasuma el perdido control sobre sí misma y defina claramente sus ideas y sus intenciones... *¡Qué profundo y terrible drama se está representando para aquellos que pueden entender su significado!*»

•

EL gran inventor Edison es pesimista en algunas cosas, pero optimista en general.

Es muy poca la fe que tiene en las negociaciones de la conferencia y en la honestidad diplomática, como puede verse en las siguientes palabras:

«Los delegados no serán más que los servidores de sus gobiernos. Sus convenios serán como los de los representantes de la industria que se reunen, pactando solamente programas para unificar los precios y enseguida corren a la oficina telegráfica para ordenar que los reduzcan a sus agentes vendedores».

Su arbitrio para acabar con la Guerra es el de un verdadero inventor; ese resultado está, para Edison, en el laboratorio. Dice que hay que parar la manufactura de armamentos que está arruinando a las naciones, que debe seguirse experimentando, cosa que cuesta poco, hasta que se descubran agentes tales de destrucción, que su empleo significaría nada menos que el fin de la civilización y de la humanidad.

Sobre cuáles serían esos terribles instrumentos de la guerra futura, dijo el famoso brujo:

«Altos explosivos, cañones de enorme alcance, gases venenosos, comunicación inalámbrica y dirección inalámbrica de los buques de guerra, junto con las máquinas aéreas, ofrecen posibilidades limitadas, dentro de las cuales la mente humana avanza cada día más y más. En estos momentos no veo manera de utilizar la energía atómica; pero eso no quiere decir que no puede perseguirse».

«Desarrollemos todo eso tan pronto como sea posible y hagamos saber al prójimo que lo hemos conseguido. El entonces, no tratará de pelear y si por su parte ha hecho otro tanto, entonces lo miraremos de soslayo y lo dejaremos pasar mejor que acercarnos a él con palabras altaneras y con los puños cerrados».

Refiriéndose al Japón, Edison se manifiesta imparcial sin un átomo de esa prevención con que aquí suele juzgarse cuanto hacen los súbditos del Mikado.

Declara que nadie como los japoneses necesitan tanto la expansión por su ya insufrible densidad de población dentro de su limitado territorio.

Y concluye diciendo que es de elemental justicia permitir al Japón, si no anexarse, sí adquirir, comprándolo, el territorio de que tiene necesidad vital.

*

ENTRE tanto, el Japón botará al agua en los próximos meses de diciembre y enero, los dos buques de guerra más formidables que el hombre haya construído hasta ahora.

Y el Japón ríe, con su enigmática sonrisa, de muchas cosas:

Ríe de que Europa y Estados Unidos, que han asolado al mundo con la última guerra, le reprochen sus aprestos bélicos...

Ríe de que los procedimientos imperialistas y la Doctrina Monroe puedan ser excelentes en un continente y detestables en otro...

Ríe de la soberbia pretensión sajona que afirma que la Civilización tiene los cabellos rubios y los ojos azules...

Y sonriendo—nadie sabe qué oculta su sonrisa—afila en silencio su espada, para la Victoria o para el suicidio estoico y caballeresco...

En ambas cosas el Japón es maestro...

Nueva York, noviembre 1921.

(Excelsior. México, D. F).

EL BARCO VIEJO

POR RAMON PEREZ DE AYALA

In Memoriam

Ría adentro,
en el remanso quieto
de un estero,
cenagoso, verdinegro;
espejo
de olvido, de tedio
y de fantasmas de ensueño,
yace sobre su costado izquierdo,
que es ahora el de barlovento,
el barco viejo.
Cuando era mozo,
ágil y velero,
de un alegre color verde Nilo
tenía pintado el cuerpo.
Aun le queda a retazos la hermosa piel de
[antaño,
que una lepra planteada le ha ido lenta
[royendo.

—

Y ahí está, como un leproso bíblico,
al borde del camino, expuesto
—la ría, encrucijada de caminos—
a la lástima de los romeros.

—

Una dulce ternura me invade,
mirando al barco viejo.
Dentro del alma
se me abren las esclusas del recuerdo.
Bajo la inundación mansa y copiosa,
no sé si mis dolores, los de hoy y los añejos,
se anegan en el fondo,
o si flotan ligeros.
Episodios infantiles
con melancolía renuevo.
En mi familia hubo
armadores y navieros.
Yo era muy niño, seis o siete años...
La casa estaba asentada sobre un roquedal
[costeño.
El mar saltaba al jardín
en las tormentas del invierno.
Yo pegaba mi rostro a la verja,
y me gustaba que el viento
trajese espumas a mi frente y sabor de sal
[a mi boca.
Mi corazón temblaba de misterio.
Veía las sutiles goletas, de casco de lanzadera
y blanco velamen enhiesto;
la Ramona (por mi madrina),
las Tres Marías, la Remedios.
Según el nombre femenino,
yo les atribuía sexo;
creía que naves y flores
eran princesas, cautivas en un encantamiento.
Hacia el rudo y medroso mar
cerraba sus brazos el puerto,
más bien alas de una clueca enorme
que abrigaba y defendía sus polluelos,
las lanchas boniteras
y las traineras de remo,
todas con nombres de mujeres y de virtudes,
madres, hermanas y novias de patrones y
[marineros:
Socorro, Esperanza, Rosario,
Caridad, Olvido, Consuelo.
Unas a entrambos lados de la prora
tenían pintados grandes ojos abiertos,
y, al cabecear, parecía
que querían romper el silencio.
De aquellas emociones pueriles
he guardado en todo momento
amor a las tormentas misteriosas
y a la serena claridad del puerto.

—

Años después, bastantes años,
las veladas en el hogar paterno.
Mi padre, de sobrecena,
hacía que le leyésemos
cuándo Alarcón, *El diario de un testigo*,
cuándo Dumas, *Los tres mosqueteros*.
Los había oído ya muchas veces
y por eso los hallaba amenos,
porque de antemano anunciaba
lances y acontecimientos.
Interrumpiendo la lectura
—ojos brillantes, ademán profético—,
decía: «Ya veréis; ahora viene
cuando Prim, en los Castillejos...»
O bien: «Ahora, Aramís astuto
a sus perseguidores da un quiebro».
Otras veces—mirada lejana, sonrisa en los
[labios—
contaba cómo siendo soltero
había hecho la corte a mi madre.
Mi madre, todo ruboroso el rostro miope y
[benévolo,
murmuraba. «Calla, hombre, calla...»
Pero mi padre proseguía el cuento,
y contaba un viaje a la Habana,
en un barco como éste: un velero.
Tres meses duró el viaje.
Porque era castellano viejo,
nacido en tierra de Campos, mi padre
[amaba el mar.
Cuando con tiempo recio
el barco navegaba a toda vela,
y zumbaba el aparejo,
y crujían las cuadernas,
y temblaban los pasajeros,
mi padre, enardecido,
decía al capitán: «Más trapo, Anselmo».
Luego, las calmas chichas del golfo de las
[Yeguas,
calmas de un mes entero.
El barco enraizaba en el mar,
como oasis en un desierto.
Arriaban el esquife
para dar largos saleos,
o cazar al arpón las doradas
con que trocar por un bocado fresco
salazón, tasajo y galletas.
¡Días de calma, paradisíaco sosiego
bajo las estrellas tropicales;
otro firmamento el mar, pero en sentido
[inverso!
Llegó el buque, al cabo, a la Habana.
Mi padre, al poner pie en el puerto,
lloraba por la vida que abandonaba.
Y aunque allí iba a ganar dinero,
abdicó, y en el mismo barco
retornó al patrio suelo.
¿Por gusto de la vida de navegante?
Quizás. Y, sobre todo, que en un rincón
[costeño
de la vieja metrópoli,
al partir había dejado la hierbabuena en el
[huerto.
Le aguardaba la novia;
la que había de ser mi madre luego.

—

En aquellas noches de calma, padre mío,
cuando cantabas cara al cielo,
quizás en el alma sentías
congojas inefables a modo de requerimientos.
Era mi vida, aun nonnata;
mi alma, que rebullía en el seno
de la nada, y que te pedía
corpóreo alojamiento.
Eran mi destino y el tuyo
gravitándote sobre el pecho.
A veces me asalta
un mal pensamiento.
¿Por qué obedeciste al destino?
¿Por qué seguiste el forzoso derrotero?
¿Por qué no me abismaste en el hondo mar
[de las cosas
que pudieron ser y no fueron?
¿Por qué me diste la vida
y con la vida el pensamiento?
Hiciste bien, padre mío.
Hiciste bien. Agradezco
con amor infinito y ardiente
esta vida que a ti te debo,
esta vida limpia y altiva,
que un santo dolor, como fuego,
ha purgado de escorias.

—

Creo verte, padre mío,
la noble cabeza, de blancos cabellos;
los ojos veraces,
profundos, atentos;
los labios, que nunca albergaron
palabra vana o falso juramento.
Saliste al paso a la muerte.
Solo y pobre ante el mundo me encuentro.
No hacienda, sí otra cosa más rica me has
[dejado:
alma honrada, corazón sincero,
ambición de lo noble,
compasión hacia lo plebeyo.
Ojalá que de mí se diga:
«es un hombre», como de ti dijeron.
Y ahora, por las rutas del mundo
en busca del tesoro verdadero:
la mujer semejante a mi madre,
para mí esposa. A ver si la encuentro.
Y que los hijos nos amen
con el culto que os profeso.

(Del tomo *El Sendero andante*, Madrid 1921).



La sombra del ombú

Por MONTIEL BALLESTEROS

Como Inspector de la Defensa Agrícola me tocó el año pasado hacer una jira por el Departamento del Salto. En Sopas, en un almacén junto a un paso que no sé cómo se llama, hube de pernoctar. De noche, luego de la cena, mientras hacíamos una partida de billar con el dueño del comercio, lo interrogué acerca del cumplimiento de las ordenanzas sobre langosta, cuando éste empezó a hacerme desfilar nombres: Ferreira, Trindade, Machado, Pereira, y de pronto, al citar a Roberto Valdivieso, recordé que éste era uno de mis más queridos condiscípulos de la Escuela de Agronomía y, como es natural, sentí locos deseos de verlo, de abrazarlo...

—¿Dónde vive Valdivieso?

—Ahí no más, a media legua, en la estancia que fué del suegro.

—¿Casado?... ¿Y tiene hijos?...

—Una «catervada», sonrió el almacenero.

—Hombre, ¿lo podría ver?...

—Mire,—me dijo,—puede ir mañana temprano;—y con una sonrisa dudosa: —con la fresca lo va a encontrar mejor...

¡Valdivieso! Qué loco bravo aquel, y qué emprendedor e inteligente... Transformado en estanciero y padre de familia... ¡Un triunfador! Un tipo de Reyles. De los que se hacen solos. Enérgico, sin más fortuna que su cabeza privilegiada y sus dos brazos musculosos, se va al campo con su titulito y sus ganas de trabajar, y ahí le tienen... Rico y feliz, posiblemente. Y mire yo, pobre diablo de teórico, con mis tres ensayos «Sobre agricultura intensiva», «Sobre riego» y «Sobre la Abutilón Panciflorum, y sus aplicaciones industriales», y con mi empleíllo de Inspector que me tiene «como bola sin manija» por todos los rincones de la República.

Aquel sí era un hombre aprovechado. Cuando volviera a Montevideo les iba a echar en cara a los otros compañeros, feroces agrónomos del Ministerio.

En estas ideas me acosté, leí alguna cosilla, y apagué la vieja vela de llama temblequeante y triste.

Naturalmente, soñé con la estancia de Valdivieso, llena de cultivos, de arboledas, de acequias frescas, con su plantel de aves, con su cremería y su cabaña...

Y el sol del otro día vino a reir con su oro limpio junto a mi pereza ciudadana. Me levanté, y luego de desayunar me hice acompañar por un peón al establecimiento de mi amigo.

Con mi cicerone callado, cruzamos al tranco el arroyo tranquilo y limpio, donde se miraba el monte y el cielo. Sobre las piedras blancas bajaban lentos los teruteros armando su simpática algarabía. Las barrancas rosadas, bordadas de culantrillos, y de donde emergían gruesas raíces, se reflejaban en el agua, y el dulzor melancólico del gemido de las palomas daba una nota de paz, triste...

Seguimos por el camino polvoso y solitario. Se extendían, a la izquierda, los campos monótonos interrumpidos por la serpiente azul marino del monte, por una estancia con dos o tres árboles, y a la derecha se alzaba un cerro abrupto lleno de peñascos grisáceos a los que se enredaba la maraña; más allá una cuchilla en dulces ondulaciones se azulaba y se perdía en el horizonte...

Al tranco, al tranco, habíamos llegado.

—Aquí es, patrón,—me advirtió mi acompañante.

—No puede ser,—le repliqué.

El me miró, movió la cabeza como no queriendo contrariarme, y agregó:

—Esta es la estancia de don Valdivie; aura si no es pa qui que viene, es otra cosa.

—Pero la estancia de don Roberto Valdivieso, que antes era del suegro.

—La mesma de don Toco Andrade, la de los ombuses... Ahistán los ombuses, dos derechos tuavía, uno caido'e viejo.

Estábamos parados frente a una tosca portera de palos mal trabajados y alambre trenzado. Había un camino angosto bordeado de arbolitos de los que se habían quebrado unos, y otros estaban secos, esperando ser repuestos. El camino, de unos ochenta metros, rodeaba unos viejos edificios de piedra, verdinegros de humedad y de años, en cuyos flancos se abrían ventanitas cuadradas con la cruz de sus fuertes rejas de hierro. Sobre los techos de zinc, enormes piedras hacían guardia a los vientos furiosos. Había unas cocinas con techo de paja, de las que salía un humo tardo, y por sobre aquella tristeza y aquella miseria, se levantaban los ombúes verdes, frondosos, corpulentos... Cuando fuimos a entrar, nos salió la trahilla de perros flacos y sucios, y el peón gritó:

—¡Oh, de casa!

Un negro viejo apareció y espantó la perrada; luego nos invitó con el consabido:

—Pasem pra diante... Apeien.

Y chirrió la portera mísera, y entramos. Yo miraba todo, asombrado y dolorido; ¡esa era la estancia del triunfador!...

El negro le daba la mano a mi peón y hablaba esa jerga de portugués y castellano, lenguaje usual en la campaña de los departamentos del Norte, que me esfuerzo en reproducir con su acentuación y sus giros característicos.

El peón preguntó por don Valdivie, diciendo que yo lo quería ver.

Tentado estaba de darme vuelta e irme: ¿qué sorpresa agradable podía darle a mi viejo amigo?; tal vez un mal rato.

Descabalgué y seguí, con el caballo de la rienda, al peón, mientras los perros me olfateaban.

Calentaba el sol, y hacía un fresco agradable bajo los ombúes. Nos alcanzaron toscos bancos de madera y nos sentamos.

La casa era sucia, baja y fea; a un lado, el caño roto, dejando escapar el agua, había hecho en la pared como una herida que ponía al descubierto las piedras negras; al frente, en el suelo, relucía un pequeño pozo formado por las lluvias... Cuatro puertas daban a aquella especie de patio de piedras desparejas, y sólo una estaba abierta. Dentro había una oscuridad de cueva. Por allí apareció Valdivieso con sus anchas bombachas, con las alpargatas en chancleta, volcándosele la panza sobre el cinto de cuero; en camiseta, con el sombrero en los ojos, mirando con fijeza y precaución como si en vez de la luz brutal de la clara mañana, nos rodeara la noche.

Tenía los ojos irritados, el rostro abotagado, carmín violáceo, color que se acentuaba en la nariz hinchada. El bigote le caía sobre la boca fofa que tenía un «pucho» de cigarro de chala.

—Valdivieso, hermano, — cual en nuestros primeros tiempos le grité, y él, como si volviese de un sueño, exclamó, con voz pausada:

—Ah, sos tú, Castrito; pero ¿quién me iba a decir?...

Y nos abrazamos.

—Sentate; ¿qué andás haciendo? ¿Cómo diste con esto?...

Fuimos bajo los ombúes; silbó y vi-

nieron unos chiquillos morenos, medio desnudos.

—Saluden a o senhor... Tú, Sandico; tú, Piqueno.

Y los muchachitos me estiraban las sucias manos, al tiempo que decían:

—¿Cómo teim pasado?

—Tragan a caçaza...—Mientras se fueron y uno volvía con una botella de caña que puso al lado del padre, éste hablaba:

—Tengo dos gurisinhas más... Tú te debés reir. Estoy hecho un brasilero, ché. La costumbre... La madre habla así... Los peones... Sabés, la costumbre... A veces me cuesta hablar como la gente...

—Tragan canecos;—gritó.—Vas a tomar un poquito, eh. Es de la buena...

Yo no sabía qué hacer. No quería darle a comprender a aquel hombre mi desilusión. Si alargaba la visita, no tendría qué decir.

Trajeron unos jarritos enlozados. Valdivieso sirvió caña y nos la alcanzó al peón y a mí. El no bebía.

—¿Y tú?...

—Si no se van a servir más... Yo tomo en la botella... Sos de confianza...

¿Qué le decía a aquel hombre?... ¿Cómo despedirme?... El me miró, y sonriendo, animado por el alcohol, con descarnada franqueza:

—Pucha, te veo medio como asustado. Creías encontrarme en otro tren, Con confort...

—¿Por qué negarlo?... Conocía de ese entonces tus ideas como las mías.

—Bah, todo aquello eran teorías, ocurrencias...

—No me negarás pueden triunfar.

—Pueden... Pero, verás...

No era el caso de polemizar, en continuas interrupciones a mi amigo, que me decía:

—Dos cosas que están en lucha no pueden continuar siempre así: una triunfa. Yo te voy a contar mi vida como si la estuviese viendo pasar: mirá...

Yo guardaba silencio, y entre un mate y otro, y un trago de caña, narraba, pachorriento, mi excondiscípulo su historia:

—Uno viene de la ciudad a pelear con el campo, cuanto uno afloja, la pierde. Yo me acostumbré a esto, sin querer, deseando resistirme... La despreocupación es como la sombra de la aruera: cuando uno menos quiere acordar, está dañado; ¿entendés?...

Hace tantos años llegué aquí con mi juventud, con mi título de ingeniero agrónomo y todas aquellas novelerías fresquitas de los muchachos. Venía a la estancia de don Toco Andrade, amigo íntimo de mi padre, a trabajar con él, si posible fuera.

Como tú, sentí la impresión fea de esto. Salió un negro viejo a recibirme, y me ladró la perrada, y me hicieron sentar a la sombra de los ombuses.

La casa ya estaba vieja, ese pozo que hace el agua que cae del caño también estaba allí, y el campo, como siempre, callado y triste...

¿Nunca te ha parecido que el campo está como en una atención de oir?...

— . . . . .

—Será por esa tristeza... Por esa puerta salió un hombre gordo en camiseta. Era don Toco Andrade. Me saludó, y luego de leer la carta que yo mismo había escrito—con mucho floreo—y había firmado mi padre, hizo un signo de aprobación y comentó:

—O Valdivies e muito amigo meu... —Se golpeó la panza con la palma de la mano; como llevando el ritmo de la frase, y repitió:

—E ver-da-de... E ver-da-de...

Se hizo un largo silencio. Yo miraba todo, curiosamente. El espantaba las gallinas que se le querían subir a las piernas. Ordenó que cebaran el mate, y como en un vago soliloquio continuó:

—Entaum u home quer travalhar. Muito bein...—y se volvía a golpear enorme barriga.

Trajeron el mate amargo, que yo aun no tomaba, y después la caña para asentar el amargo y que, más tarde, terciada con bitter, servía de aperitivo.

Cayó la noche, en los árboles piaron algunos pájaros, y en la sombra del campo brillaron los bichitos de luz, y bien que no fuera muy bueno el recibimiento, la novedad del campo me distrajo.

—¡El hombre tiene gana de trabajar! —me daba vuelta en la cabeza la frase de mi huésped. — ¡Sí; trabajaría el hombre!..,

El señor Andrade me presentó la familia, cuando fuimos a cenar. Yo había visto ya los ojos oscuros de las brasileritas, sus hijas, espiándome desde lejos. Casi no se conversó en la mesa. Todo el mundo miraba los platos, y yo entreveía un tono de sorna en la conversación parca de mi anfitrión:

—Entaum vosé eun reformador...

—Sim, os libros falhan muito bein... falhan soos...

—.....

La nerviosidad, el cansancio, la cama mala y sucia, no me dejaron dormir. Al otro día temprano me fuí a la cocina de los peones. Prefería quizá un tanto aquella tosca sociedad a mi brasilero irónico. Después me hizo llamar, y de nuevo, en sitio distinto al de la tarde porque ahora estaba de otro lado el sol, nos sentamos a la sombra de los ombuses. Iba y venía el mate; los pollos y las gallinas picoteaban la tierra entre nuestras piernas, y los perros perezosos que dormían, estirados, paraban las orejas, levantaban la cabeza y salían ladrando en tropel cuando pasaba alguna carreta o algún viajero por el camino...

Yo no encontraba oportunidad para explayarme en mis proyectos, y aplazaba tal conversación.

Después del almuerzo, como hacía calor, me pusieron un catre de lona bajo el ombú, para dormir la siesta.

Y un día y otro... y otro...

Empecé a tomar mate; otra vez probé la caña... Y no la encontré mala, eh...

Aquella vida era tan aburridora...

El señor Andrade, haciendo alarde de la confianza que le merecía, me dió a contestar sus cartas, y abrí las cuentas de la estancia para llevarlas en forma.

Me habitué a las siestas; después tomábamos mate con mi hombre, y seguía aplazando mi negocio, salvo cuando pasaba de los dos o tres tragos de caña y me veía obligado a hablar...

MONTIEL BALLESTEROS

Le conocimos en Florencia. Es cónsul del Uruguay en esa ciudad.

Nos hizo vagar románticamente una noche a orillas del Arno y por las calles seculares, misteriosas y pobladas de leyendas, vecinas de la Plaza de la Signoria. Cerca del Ponte Vecchio, un niño cantaba acompañado de una mandolina:

Santa Lucia
luntano á te
quanta malincunia!

...Y las notas de la canción napolitana, a quienes la voz infantil pusiera alas, se alejaban sobre el rumor majestuoso del río que se perdía entre las sombras.

Este es el marco que tiene en mi memoria, el recuerdo del joven escritor uruguayo, alto y fuerte, de risa franca en cuyos labios suenan con alacridad sus versos inspirados en Walter Whitman.

Es de aquellos intelectuales que no se extasían—incensario en mano—ante el altar del arte, mientras la infamia del siglo pasa a su lado sin conmoverlos. El ama la vida de la Tierra, el cuerpo del hombre y les canta con frase leal que no conoce los retorcimientos enfermizos, y su canto no es pasivo, ni cínico, ni soberbio. En la prosa y el verso de Montiel Ballesteros, que hemos podido apreciar en sus «Cuentos Uruguayos» y en su «Savia», se siente que hay tenso y vibrante un nervio sano; sus páginas son veraces, humildes y nobles.

Le oímos indignarse con ira sencilla, sin asomos de pose, ante la patriotería italiana llevada al paroxismo en aquellos días de elecciones de diputados, y escuchándolo pensamos, mientras contemplábamos su cuerpo fuerte y joven, que en él tiene la intelectualidad latinoamericana, una noble realidad.

CARMEN LIRA

Un día concreté la cosa: lo agarré de buena vuelta, y dimos mano a una obra de reforma. Encargamos material, semillas, árboles, máquinas, y, qué querés, yo no sé: salía un poco y tenía que volver aquí a la sombra de los ombuses; no podía privarme de las siestas, y me fué preciso acompañarme de la botella de caña cuando dirigía los trabajos...

La gente era bruta; vino una gran seca, después, la langosta... Me deshice por salvar algo, y se fué todo «a la gran siete»... Mi patrón y socio se reía y proclamaba la excelencia de sus principios:

—Nao facer... Logo o matecinho, a caçaza, y u mondo roda...

—No, no, me decía yo, hay que reaccionar contra esa haraganería, y me multiplicaba en vano...

Seguimos durmiendo las siestas interminables, tomando el mate amargo y el trago de caña para «asentarlo»...

Después ¡qué diablos!, acaso no vamos a llegar lo mismo al fin... Empecé yo a comprenderlo.

Una de las brasileritas se «dormía» mirándome. Yo no tenía ni intenciones ni condiciones de galanteador. Me casé con ella. Entonces pude mandar más a gusto a las negras y los negritos. Daba algún puntapié más suelto a los perros flacos y me sentí como en mi elemento a la sombra de los ombuses viejos.

Yo creo que esto es el ideal. La naturaleza hace por nosotros como en la Biblia, ¿te acordás?, en que se da el sustento a los pájaros y galas a los lirios de los campos; aquí se reproduce el ganado, crece la lana de las ovejas, y uno se siente tranquilo en esta paz.

Murió mi suegro. A mí se me ha cambiado el nombre en don Valdivie, tengo hijos e hijas que algún día se casarán y que, como yo, ya tienen reservado un pedazo de tierra en el cementerio de la familia, en nuestro mismo campo...

. . . .

Valdivieso había seguido bebiendo. No me pude contener y le pregunté:

—¿Pero, tú estás conforme?, ¿no esperas más nada, no deseas más nada?...

El me miró con sus ojos turbios y pesados, y con una sonrisita socarrona, donde se me ocurrió ver renacer el tono de sorna que él creyó percibir en su suegro, el finado Andrade, me deslizó:

—¿Vos soñás todavía?!...

Me levanté para marcharme.

—¿No te quedás?...

—Tengo que continuar mi jira, hermano...

—Ah, yo creí que le tenías miedo a la sombra de los ombuses; hay que decir por ahí todo el bien que están haciendo al país...

Me acordé de la aruera legendaria, y me desperecé como queriendo echar fuera algún maleficio.

Al otro día pasé por el camino. Don Valdivie, gordo, en camiseta, con el mate en la mano, a la sombra de sus ombúes favoritos, me saludó con un ademán afectuoso, y noté que quedaba sonriendo...

(Del tomo *Cuentos Uruguayos*. Florencia. 1920).

¿Qué se hizo?

QUÉ se hizo aquel niño pobre que en los inviernos salía con mi capa y mis botas? Un día se lo llevaron en la carroza blanca de la caridad. Fué después de aquella tarde en que nos caímos al estero de la huerta. Los otros niños del arroyo lo siguieron por las calles empedradas y sucias. Ellos mismos bajaron el cajoncito y lo pusieron en la tierra. Hace ya varios meses y ya todos se olvidaron de él. Cuando salgo por la ciudad con mi vieja capa y mis botas, la palabra del niño pobre está sobre mi corazón.

Los grillos

DE noche cantan los grillos, canta el arroyo y cantan las estrellas. Y el corazón salta sobre el campo como un aro de oro y canta también sobre el perfume de los tréboles.

En esta hora—esfera negra cubierta por un cristal de rosa—el corazón de los poetas enciende sus luces en la agreste paz y sale en excursión campera. Los grillos se quedan quietecitos al sentir el roce tibio del viajero; las estrellas le guiñan el ojo como hacen las artistas rubias de los teatros ingleses.

Anda corazón, corre desnudo y puro en la campiña. Cuando la luna se deshaga en el celeste será tiempo de volver a la tienda y de apagar las luces.

ARTURO TORRES RIOSECO

(Envios del autor).



6) La vida de las plantas

POR JUAN J. CARAZO

UNA NUEVA AGRICULTURA

PONER las bases de una nueva agricultura parece ser algo así como intentar la reconstrucción de una ciencia, empresa atrevida y digna de una mentalidad superiormente preparada.

No tenemos la capacidad para crear esas bases, pero estamos seguros del empirismo que domina en muchos aspectos de la agricultura actual.

No intentamos, dicho sea clara y terminantemente, tocar con intención de destruirlo, lo que tiene establecido la química agrícola, sino analizar, con un criterio que creemos distinto, algunas de las cuestiones fundamentales que se relacionan con la semilla y la planta que de ella resulta.

La química agrícola, a pesar de todo, está sufriendo un cambio que podemos considerar radical y que nos reserva más de una sorpresa.

Lo que sí sostenemos y lo que constituye la base de nuestra idea es lo siguiente:

Cuando se crían animales, el criador analiza las costumbres y los instintos que ellos tienen y trata de crear condiciones semejantes a las que el animal necesita, aunque mejorándolas.

Podemos asegurar que el criador se pregunta: «¿Qué es lo que necesita este animal?»

La resolución de ese problema, consultando la exigencia del animal, es lo que determina el éxito de la cría.

En agricultura todo se hace con «criterio humano», sin preocuparse de los deseos de la planta.

El error consiste, sobre todo, en que la investigación agrícola se hace con un criterio falso, cual es creer que las plantas deben variar de costumbres, de aficiones, etc., de acuerdo con nuestro deseo.

El abono, como ahora se concibe, prueba el falso punto de vista desde el cual se contemplan las cuestiones agrícolas.

Para el animal parece que lo fundamental es comer y por esa razón le damos a la planta «comida» y nos imaginamos que se hartará de estiércol, o de potasa o de ácido fosfórico, dándonos en cambio grandes cosechas.

Esto es un prejuicio, pues aunque los resultados al poner abono son buenos, la interpretación de los hechos es falsa. Las investigaciones hechas para comprobar la eficacia de los abonos en cantidades infinitamente pequeñas, están haciendo luz en este campo.

La química agrícola va poco a poco diciéndonos que la alimentación de la planta es *aérea*.

En ciertos abonos (compuestos) se recomienda poner unos 9 ó 10 quintales por hectárea y esto da una proporción, considerando la capa de terreno de 9 pulgadas de espesor, de 1 grano por cada libra de tierra; ahora, como en esos abonos la parte activa es apenas de 46 a 50% del peso, resulta que se pone para cada 460 gramos, *medio grano* de abono y es ilógico creer que eso actúe como alimento para la planta y determine la cosecha. La acción del abono no es directa como en general se cree.

Para nosotros (criterio que hemos tenido desde hace muchos años) la función del abono es muy distinta y creemos que será sustituido por medios menos empíricos en no lejano día.

El anhidrido carbónico es fijado por las hojas; el hidrógeno es en parte obtenido de igual modo y el oxígeno tiene probabilidades de ser sólo obtenido del aire y nos hace creer tal cosa el siguiente fenómeno:

Sabemos que una de las consecuencias principales de las descargas eléctricas atmosféricas (en todas las descargas o saltos de corriente sucede igual cosa) es la producción de ozono y está probado que la vegetación es exhuberante en las regiones donde hay mucha descarga eléctrica.

¿No será debido a la abundancia de oxigeno asimilable?

Del nitrógeno no creemos necesario hablar y sobre la presencia de *sales minerales* creemos que están en la materia orgánica con el carácter de impurezas.

El agua «químicamente pura» es muy diferente del agua que todos conocemos y usamos y es seguro que antes se consideraban «como partes integrantes del agua» lo que ya hoy sabemos que son sustancias extrañas que en ella están.

El punto «alimentación de la planta» es algo de lo más importante y menos claro que hoy existe en agricultura y no tenemos el propósito, por ahora, de abordarlo.

Por hoy deseamos referirnos a la selección.

Estudiando la selección de las semillas para mejorar las cosechas, se advierte que el agricultor tiene como una *idea fija*, la de que la *cualidad sobresaliente que a él le preocupa es también motivo de preocupación para la planta*.

Veamos, por ejemplo, en la selección del maíz:

El agricultor desea obtener granos grandes, regulares y colocados en líneas rectas, olote delgado y cubierta (tuza) gruesa.

Siembra maíz y escoge, entre todas las matas, aquellas que llenan hasta cierto límite, su deseo y aprovecha esa semilla para sembrar de nuevo, esperando obtener mayor *fijamiento*, si así puede decirse, de las cualidades.

Todo esto está bien y a fuerza de ser empírico parece claro.

Se funda la selección, en este caso, en la herencia de ciertas cualidades y ya sabemos hasta qué punto es esto relativo.

A cualquier persona se le ocurre que si la selección, como se ha practicado, fuera algo científico, ya no existirían especies vegetales no selectas, pues a fuerza de tanto seleccionar se habrían impuesto las cualidades que el hombre persigue.

Sabemos que no es así y que la selección es una eterna lucha relativamente estéril. Así lo creemos y por esta razón interesa estudiar y establecer las normas verdaderas de la selección.

En primer término puede darse como una conclusión lo que a continuación exponemos y que es tan simple y claro, que todos lo saben:

1º—«Los caracteres o cualidades visibles (en plantas y animales) son el resultado de una necesidad».

2º—«Antes de producirse un cambio en la forma o aspecto (de planta o animal) ha debido existir la *causa* que la provoque».

3º—«Los intentos para *fijar* efectos no influyen en las causas».

4º—«Para obtener efectos semejantes es necesario que existan causas semejantes».

5º—«La selección debe ser indirecta».

6º—«La selección natural es el resultado de determinadas condiciones que la provocan y que la regulan».

Esos seis axiomas son, por ahora, lo que consideramos la base de la selección.

Pasemos a explicarlos para evitar confusiones y para dejar sentado en forma clara lo que pensamos.

Antes es bueno que quien lea nues-

tras conclusiones se empape de lo que es la teoría de la selección y de como actualmente se practica, para que encuentre la diferencia fundamental.

1º—«Si una mazorca resulta grande, bonita y llena no es por un capricho de la naturaleza, que obra en todo con sistema, sino porque la planta ha sentido la necesidad de hacerlo».

Consideramos en primer lugar la necesidad o deseo de la planta, pues es claro que en los fenómenos vegetales quien actúa como *interesado* es el vegetal.

Creer que las mazorcas grandes resultan para complacernos es no sólo un error sino una ingenuidad.

2º—El cambio en la forma o tamaño de un fruto, o de una flor, o de la ubre de una vaca, es el resultado de causas que preparan, provocan y producen ese cambio.

Por eso decimos y sostenemos que la selección, como ahora se practica, es empírica.

3º—Si una mata produce una o dos o cuatro grandes mazorcas, siendo esto el resultado de un proceso anterior (desconocido hasta hoy y que debe llegar a conocerse), creer que por el solo hecho de sembrar esos granos *(efectos)* se *reproducirá* la causa que les dió esa forma o tamaño, nos parece ilógico.

Algunas veces se obtiene el resultado, pero es pasajero; otras veces el resultado es negativo.

4º.—Ahora, si se desea obtener determinado efecto, lo natural, lo lógico, es poner las causas que han de producirlo.

Dicho más claro: «Si se necesita producir grandes mazorcas y llenas, o bellas flores, lo fundamental no es sembrar tal o cual semilla «sino buscar las causas que en aquella planta determinaron la producción de tales efectos».

«Conocidas las causas, podremos *reproducirlas*».

5º—Por esa razón decimos que la selección debe ser *indirecta*. Es natural que reproducidas las causas, se reproducen los efectos, pero la reproducción de aquéllas, no depende de éstos.

6º—Si se estudia la selección natural con este criterio, se comprenderá, al momento, que las transformaciones que se están verificando a cada segundo y que «perduran» son simples resultados de causas que subsisten.

Como un ejemplo nos referimos a la Ob. I. La conservación de la especie.

«Las plantas florecen prematuramente cuando se las ataca, pero tan pronto como el ataque desaparece, la precipitación cesa».

(En el próximo trabajo, «La Poda», expondremos *resultados* que prueban de una manera ya indudable, que mucho de la agricultura actual carece de base científica. La poda, como nosotros la concebimos así es).

Las experiencias encaminadas a determinar las causas que producen un mejor fruto o una flor más bella han de ser largas y cuidadosas, pero al final está la solución científica de uno de los problemas fundamentales de la agricultura.

Es natural suponer que el día en que se puedan dar fórmulas de las causas que producen en la planta determinado efecto, estará resuelto el problema de la mejor producción.

Por ahora todo son ensayos que dan a veces éxito y que otras fracasan.

Más adelante daremos a conocer nuestras experiencias en selección.

NOTA.—En el capítulo «El crecimiento» Ob. VIII dice: La organización da... etc.

Debe leerse: La ozonización (ambiente muy rico en oxígeno) da resultados satisfactorios también.

(Envío del autor).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica